

DANIELA  
PIAZZA

*&* ENIGMA  
MIGUEL ÁNGEL

boveda

Título original: *L'enigma Michelangelo*

Primera edición: 2016

© 2014-2016 Rizzoli Libri S.p.A. / Rizzoli, Milano

© traducción: Carmen Terner Lorenz, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)

ISBN: 978-84-16691-20-3

Depósito legal: SE. 1192-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiarren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

PRÓLOGO. <i>Londres, primavera de 2014</i> .....	13
CAPÍTULO 1. <i>Florencia, 26 de abril de 1478</i> .....	15
CAPÍTULO 2. <i>Forlì, verano de 1494</i> .....	27
CAPÍTULO 3. <i>Florencia, 9 de noviembre de 1494</i> .....	37
CAPÍTULO 4. <i>Bolonia, diciembre de 1494</i> .....	49
CAPÍTULO 5. <i>Roma, 31 de diciembre de 1494</i> .....	63
CAPÍTULO 6. <i>Bolonia, febrero de 1495</i> .....	73
CAPÍTULO 7. <i>Forlì, 27 de agosto de 1495</i> .....	87
CAPÍTULO 8. <i>Bolonia, verano de 1495</i> .....	99
CAPÍTULO 9. <i>Bolonia, diciembre de 1495</i> .....	109
CAPÍTULO 10. <i>Bolonia, diciembre de 1495</i> .....	121
CAPÍTULO 11. <i>Forlì, 1496</i> .....	131
CAPÍTULO 12. <i>Florencia, 16 de febrero de 1496</i> .....	145
CAPÍTULO 13. <i>Roma, abril de 1496</i> .....	157
CAPÍTULO 14. <i>Roma, 20 de mayo de 1496</i> .....	171
CAPÍTULO 15. <i>Roma, 25 de junio de 1496</i> .....	177
CAPÍTULO 16. <i>Roma, julio de 1496</i> .....	191
CAPÍTULO 17. <i>Roma, julio de 1496</i> .....	207
CAPÍTULO 18. <i>Roma, principios de agosto de 1496</i> .....	221

CAPÍTULO 19. <i>Forlì, 27 de agosto de 1496</i> .....	233
CAPÍTULO 20. <i>Roma, noviembre de 1496</i> .....	241
CAPÍTULO 21. <i>Roma, enero de 1497</i> .....	249
CAPÍTULO 22. <i>Roma, febrero de 1497</i> .....	257
CAPÍTULO 23. <i>Urbino, junio de 1497</i> .....	263
CAPÍTULO 24. <i>Urbino, junio de 1497</i> .....	271
CAPÍTULO 25. <i>Roma, 14 de junio de 1497</i> .....	279
CAPÍTULO 26. <i>Forlì, julio de 1497</i> .....	289
CAPÍTULO 27. <i>Carrara, noviembre de 1497</i> .....	295
CAPÍTULO 28. <i>Roma, marzo de 1498</i> .....	307
CAPÍTULO 29. <i>Roma, finales de mayo de 1498</i> .....	311
CAPÍTULO 30. <i>Roma, 21 de julio de 1498</i> .....	319
CAPÍTULO 31. <i>Umbría, julio de 1498</i> .....	325
CAPÍTULO 32. <i>Forlì, 12 de septiembre de 1498</i> .....	331
CAPÍTULO 33. <i>Roma, octubre de 1498</i> .....	337
CAPÍTULO 34. <i>Forlì, octubre de 1498</i> .....	345
CAPÍTULO 35. <i>Roma, octubre de 1498</i> .....	355
CAPÍTULO 36. <i>Forlì, octubre de 1498</i> .....	361
CAPÍTULO 37. <i>Roma, noviembre de 1498</i> .....	367
CAPÍTULO 38. <i>Milán, 6 de octubre de 1499</i> .....	377
CAPÍTULO 39. <i>Roma, octubre de 1499</i> .....	387
CAPÍTULO 40. <i>Forlì, 19 de diciembre de 1499</i> .....	397
CAPÍTULO 41. <i>Forlì, diciembre de 1499</i> .....	403
CAPÍTULO 42. <i>Roma, enero de 1500</i> .....	409
CAPÍTULO 43. <i>Forlì, 10 de enero de 1500</i> .....	417
CAPÍTULO 44. <i>Forlì, enero de 1500</i> .....	425
CAPÍTULO 45. <i>Roma, enero de 1500</i> .....	435

CAPÍTULO 46. <i>Forlì, enero de 1500</i> . . . . .	447
CAPÍTULO 47. <i>Roma, febrero de 1500</i> . . . . .	455
CAPÍTULO 48. <i>Roma, 27 de agosto de 1500</i> . . . . .	463
CAPÍTULO 49. <i>Florenxia, agosto de 1501</i> . . . . .	469
CAPÍTULO 50. <i>Urbino, 18 de enero de 1502</i> . . . . .	479
CAPÍTULO 51. <i>Urbino, 21 de junio de 1502</i> . . . . .	485
CAPÍTULO 52. <i>Florenxia, julio de 1502</i> . . . . .	489
CAPÍTULO 53. <i>Urbino, julio de 1502</i> . . . . .	495
CAPÍTULO 54. <i>Florenxia, agosto de 1502</i> . . . . .	505
CAPÍTULO 55. <i>Florenxia, agosto de 1502</i> . . . . .	515
CAPÍTULO 56. <i>Florenxia, agosto de 1502</i> . . . . .	523
CAPÍTULO 57. <i>Florenxia, agosto de 1502</i> . . . . .	529
CAPÍTULO 58. <i>Florenxia, mayo de 1504</i> . . . . .	533
CAPÍTULO 59. <i>Mantua, noviembre de 1505</i> . . . . .	539
CAPÍTULO 60. <i>Delta del Po, noviembre de 1505</i> . . . . .	545
EPÍLOGO. <i>Londres, primavera de 2014</i> . . . . .	549
Nota de la autora . . . . .	557
Agradecimientos . . . . .	563



*A los que tienen que luchar*





## Prólogo

*Londres, primavera de 2014*

—«**U**N CUPIDO QUE YACE Y DUERME POSADO sobre una mano: está íntegro, mide unos cuatro palmos y es bellísimo»: esta es la primera descripción que tenemos del *Cupido durmiente* de Miguel Ángel, hoy desaparecido. Se encuentra en una carta dirigida a Isabel de Este, gran apasionada y mecenas de las artes, escrita por su correspondiente romano Antonio Pico della Mirandola el 27 de junio de 1496. Miguel Ángel se presenta en el gran escenario romano del mercado y coleccionismo artístico con lo que tranquilamente podríamos definir como una verdadera estafa. Tal vez de acuerdo con su protector Lorenzo de Pierfrancesco de Médicis y con el *maquinador*, por usar un término moderno, Baldassarre del Milanese, realiza un Cupido durmiente y lo enterran para envejecerlo y posteriormente venderlo haciéndolo pasar por una obra clásica. Cuando descubre el engaño, el incauto comprador devuelve la obra al intermediario y exige que le reembolsen su dinero, pero para entonces ya se ha quedado prendado de la habilidad del joven y el propio estafado lo invita a Roma para conocerlo mejor y pedirle que demuestre lo que vale.

Mandy escuchaba con suma atención al fascinante profesor italiano que estaba dando un seminario sobre las obras de juventud de Miguel Ángel en la Facultad de Arte del University College de Londres.

Se le hacía difícil imaginarse al gran genio como un vulgar falsario, pero conforme el profesor avanzaba en sus explicaciones, en la mente de Mandy empezaba a tomar consistencia la imagen de aquel hombre de carácter difícil, introvertido, quizá un poco acomplexado, arisco y avaro pero capaz de increíbles arrebatos de generosidad. Y al mismo tiempo iba descubriendo que aquella época, el Renacimiento italiano, que siempre había imaginado como una verdadera edad de oro, en realidad fue un periodo lleno de sombras que hacían de contrapunto a sus muchas luces.

—Miguel Ángel tiene veintiún años cuando sale de su amada Florencia y del ambiente de la familia Médicis, que tantas oportunidades le había ofrecido, y se marcha a la Ciudad Eterna —continuó el profesor, cuyo entusiasmo se reflejaba en los ojos oscuros y vivaces y en las manos, que se movían en el aire como las de un director de orquesta—. Demostrando una buena dosis de ingratitud, no volverá a mostrar ningún tipo de simpatía, ni mucho menos de añoranza, por la recién derrocada tiranía de los Médicis.

»Por otra parte, hay que recordar que desde niño fue testigo de los aspectos más terribles de las luchas de poder. Así, por ejemplo, ya de mayor contará que sus pesadillas nocturnas seguían plagadas de las horribles imágenes de las masacres y venganzas sumarias que siguieron a la conspiración de los Pazzi...



*Florenca, 26 de abril de 1478*

— ¡TRAICIÓN! ¡TRAICIÓN! ¡AL ASESINO!  
 El grito agudo rasgó el aire y retumbó por las naves como el estruendo que precede al terremoto, dejando sin respiración a los fieles que se habían congregado en Santa Maria del Fiore para la misa dominical. Inmediatamente después, mientras un charco rojo se extendía por el suelo de mármol policromado, se hizo un silencio atónito, estupefacto, y las figuras que corrían desordenadamente por el coro perdieron consistencia hasta convertirse en sombras negras de una pesadilla nocturna.

Después estalló el pandemónium.

Pocas horas antes, la sencilla mujer de Settignano que miraba a su alrededor con la boca abierta pensaba que estaba en el paraíso. Aunque solo vivía a cuatro millas de distancia, no solía bajar a Florenca, sobre todo desde que le confiaron los cuidados del hijo de doña Francesca di Neri y don Ludovico Buonarroti, un ciudadano florentino que en Settignano tenía un cierto poder. Por eso disfrutaba de cada uno de los

rincones de aquella ciudad en continuo desarrollo, cada vez más bella y llena de estatuas y palacios, mientras intentaba ignorar el mal humor del marido, que la había obligado a afrontar con él la caminata, con el pequeño Miguel Ángel a la espalda, sin dejar de protestar desde que salieron.

—Estos nobles florentinos se dan muchos aires de grandeza, con sus blasones, pero en cuanto tienen que sacar los cuartos se ponen a quejarse de la miseria. Eso suponiendo que sean nobles, los Buonarroti esos...

—¿No decían que son descendientes de Matilde di Canossa? —intervino la mujer mientras se colocaba mejor el fular de la espalda en el que llevaba al niño, que se había despertado y empezaba a dar señales de nerviosismo.

—Eso dicen ellos, pero vete tú a saber. Y a doña Francesca, con esos aires de gran dama que se da... es que no la soporto. Siempre quejándose de la salud... Porque esa no tendrá fuerzas para amamantar a sus hijos, ¡pero para retozar en la cama y parir como una coneja, bien que las encuentra!

—Pero, Rodolfo, ¡mejor para nosotros! Así por lo menos ganamos algo, porque en las canteras cada vez te pagan menos.

—¡Pagarán menos, pero por lo menos pagan! Porque estos señores, con tantos atrasos, ¡no están soltando ni una maldita moneda! Miguel Ángel ha cumplido tres años ¡y ya es hora de que se vuelva a su casa!

—Yo le he tomado mucho cariño a este niño y me daría mucha pena que se fuera —lloriqueó la mujer.

—Deja de decir tonterías. ¿A cuántos niños has criado ya? Si te hubieras encariñado con todos...

—Pero este es distinto. ¡Es especial!

—¡Y tanto que es distinto! ¡Es el único que tiene padres que no pagan! Pero esta vez, o se deciden a pagarnos, o se que-



dan con él. Además, a partir de ahora tendrán que pagarnos más. ¡A este ya no le basta con la leche!

Entre tanto, llegaron a la modesta casa de los Buonarroti, sita en Via dei Bentaccordi, en el barrio de la Santa Croce.

—Nos espera don Ludovico. Le traemos a su hijo Miguel Ángel —proclamó agresivo el cantero a la anciana señora que acudió a abrir la puerta.

—Lo siento —respondió la mujer—. Mi hijo me ha avisado de vuestra llegada, pero como tenía que ir a misa con el resto de la familia, me ha pedido que me quede yo con él.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —bramó el hombre enfurecido—. ¿Qué modos son estos? Yo no me voy de aquí hasta que no me pague, ¡aunque tenga que esperar el día entero! Si cree que voy a renunciar tan fácilmente a lo que me debe, se equivoca rotundamente. Vete a misa tú también, o haz lo que te dé la gana —le gruñó a su mujer—. Pero llévate al niño de aquí, porque, que quede claro: el niño se lo daremos personalmente a sus padres. Yo ahora tengo cosas que hacer. Nos vemos aquí a mediodía.

—¡Sé perfectamente lo que tienes que hacer! —replicó con desprecio su esposa—. ¡Tienes que irte a la taberna a beberte toda la paga de la semana! ¡Y después vuelves aquí borracho para buscar bronca con don Ludovico y terminamos mal!

Pero el marido ni siquiera se dignó a mirarla y se alejó, dejándola sola en mitad de la calle. El ama de cría, profundamente preocupada, se despidió con un gesto silencioso de la anciana señora, que aún seguía en la puerta, y se dirigió hacia la cercana iglesia de la Santa Croce cogiendo de la mano al niño, que con todo aquel trasiego se había despertado del todo y no quería seguir colgado a la espalda. Pero por la calle se cruzó con unos viandantes que estaban hablando de una celebración excepcional que estaba a punto de comenzar en la ca-

tedral, a la que acudirían personajes ilustres, como Lorenzo y Juliano de Médicis, que iban a recibir al arzobispo de Pisa, Francesco Salviati, y al jovencísimo cardenal Rafael Riario, sobrino del papa Sixto IV, que estaba de viaje hacia Perugia. Y se impuso la curiosidad. ¡Sería una función espectacular, de las que jamás vería en Settignano! De forma que la mujer recorrió toda la calle del palacio del Podestà, cruzó el antiguo barrio que ya habitaban los Alighieri y, por el Corso degli Adimari, llegó a la catedral. Conforme iba pasando por delante de los talleres cerrados por la celebración, la agitación crecía en su interior. Muchos ciudadanos habían tenido la misma idea y se dirigían con curiosidad hacia Santa Maria del Fiore.

Al llegar a la catedral, la mujer no pudo por menos de admirar la mole majestuosa y elegante de la iglesia y la torre del campanario que se alzaba a su lado, sintiendo un legítimo orgullo al pensar que una parte de la piedra utilizada, la de color gris, conocida como *pietra serena*, procedía de las canteras de Maiano en las que trabajaba su marido: ¡quién sabe, a lo mejor algunos de aquellos bloques los había extraído él! Aunque era una pena que la fachada no estuviera terminada.

Delante de los andamios que la cubrían se había apiñado una enorme cantidad de gente que no conseguía entrar. La mujer, empujada por la multitud, llegó al baptisterio de San Juan, delante de la puerta de bronce dorado que, según le había dicho su marido, le había costado a su autor más de veinticinco años de trabajo. Pero era realmente hermosa. ¿Por qué aquella noche de la fiesta del carnaval no había bailado con un hombre como ese Lorenzo Ghiberti, en vez de con un borrachín como su marido? ¡Así no tendría que trabajar como nodriza y dejar que le secaran el pecho los hijos de los demás, como si no tuviera suficiente con los suyos! Aquel niño era especial: pese a ser poco sociable con los extraños, de vez en



cuando tenía unos repentinos arrebatos de cariño para con ella y sus hijos que la enternecían. Pero no era un niño fácil: se escondía continuamente y desaparecía durante horas enteras. Le gustaba estar solo, agazapado en los rincones más insospechados, jugueteando con las piedras. Las apilaba, las alineaba, chocaba unas contra otras, las ordenaba según el tamaño o el color, las observaba hasta quedarse bizco y, lo que era aún peor y la tenía muy preocupada por las posibles consecuencias: ¡se las tragaba! ¡Cuántas veces había tenido que salir disparada hacia él para obligarlo a escupir alguna piedra!

¿Y dónde se había metido? Bastaba con perderlo de vista un instante y el niño se volatilizaba, sobre todo entre tanta gente, con lo tímido que era. Con tanto barullo seguro que se había asustado, ¡y a saber dónde se había metido! ¿Y si no volvía a encontrarlo? ¿Y si lo aplastaba el gentío?

—¡Miguel Ángel! ¡Miguel Ángel! ¡Tesoro! ¿Dónde estás? —empezó a gritar preocupada.

Pero lo encontró muy pronto, embobado delante de una estatua sin terminar, con la carita completamente concentrada y, para no variar, ¡con un trozo de mármol en la boca! Se abalanzó hacia el pequeño y lo apartó de allí de un tirón.

—¡Malo! ¿Cuántas veces te he dicho que no te puedes alejar de mí? ¿No ves cuánta gente hay? ¡Es peligroso!

—Gente fea —respondió el niño enfurruñado.

—¡Y no te metas las piedras en la boca, que te puedes cortar la lengua! ¿Estaba buena, por lo menos?

—Buena.

La mujer se rio, a pesar de todo. Quién sabe, a lo mejor el niño hasta era capaz de notar el sabor del mármol. A causa de la profesión de su marido, en casa había bloques de piedra cortada o tallada por todos los rincones y en las habitaciones flotaba una especie de espesa calina blanca y grisácea; la respi-

raban, dormían envueltos en ella, se la tragaban con la comida. A lo mejor, con todo aquel polvo que ella también respiraba, su leche había cogido ese sabor y ahora el niño lo buscaba en otros sitios, pensó divertida.

Mientras tanto, la multitud se había ido esparciendo y la mujer, tirando del niño, que intentaba soltarse por todos los medios atraído por las estatuas que descansaban en el suelo en mitad de las obras, por fin logró cruzar la puerta de Santa Maria del Fiore.

Dentro de aquella iglesia cabían Settignano y Maiano juntos, pensó. La catedral estaba repleta de gente; había tanta que ni siquiera se estaba respetando la separación de hombres y mujeres, o por lo menos solo entre las personalidades importantes, las que estaban sentadas delante del altar. En cualquier caso, era una ocasión especial. A los señores no les gustaba aparecer entre la multitud, entre otras cosas porque sabían que tenían muchos enemigos. Pero aquel día parecía que las maldades, las bellaquerías y los engaños de las luchas de poder se habían quedado fuera de la puerta; aunque la mujer sabía más bien poco de política. Para ella era más que suficiente admirar la belleza de la decoración de la iglesia, la riqueza de los ornamentos sagrados, la elegancia de los hombres emperifollados con sus mejores galas, inspirar el perfume embriagador del incienso y dejarse acunar por las notas melodiosas del canto. Por eso miró de reojo al que tenía al lado cuando el hombre rompió su éxtasis con un comentario en voz alta.

—¡Mira, es Felipe! Y aquella es Ginevra de Benci, la dama del retrato que vimos ayer en el taller de Leonardo da Vinci, ¿te acuerdas?

—Claro, padre. A decir verdad, por más que el cuadro fuera extraordinario, al verla en persona, Ginevra me parece todavía más guapa.





A la nodriza le dio la impresión de que aquel nombre, Leonardo, ya lo había oído en algún sitio. Tal vez lo había mencionado el marido. Debía de ser un artista emergente, uno de los muchos que en aquella época estaban proliferando en Florencia como setas. Intrigada por lo que estaban diciendo aquellos dos, miró en la misma dirección de sus vecinos y enseguida supo a quién se referían. Efectivamente, la joven dama tenía unos rasgos finos y elegantes, aunque un poco altivos. Llevaba el cabello peinado con una línea derechísima en el centro y solo parcialmente cubierto por un velo casi transparente, por el que se le escapaban unos gruesos rizos que le enmarcaban el rostro y le resaltaban la amplísima frente y los ojos estrechos y largos. «Pero tiene la cara demasiado ancha y redonda», pensó la mujer con una pizca de maldad y mucha envidia.

—No está Juliano el Magnífico —volvió a comentar el mayor de los dos—. Qué raro, creía que iban a venir los dos, pero en el coro solo veo a Lorenzo. Ah, mira, está entrando ahora.

La nodriza se giró también hacia el joven ricamente vestido que avanzaba por el centro de la nave mientras la multitud se apartaba a su paso. Rodeado por dos hombres que se reían y lo abrazaban, el joven parecía afligido, por más que correspondiera con educadas sonrisas a sus compañeros. Era un joven apuesto con una mirada dulce y tímida, e instintivamente la mujer sintió simpatía por él. Como cojeando, avanzó con cierta dificultad hasta el coro, en la parte opuesta a la que se encontraba su hermano Lorenzo, al que dirigió una breve inclinación de saludo antes de sentarse. Los dos acompañantes se sentaron a su lado.

—¿Quiénes son los dos que van con Juliano, padre? —preguntó el más joven de los dos, que debía de tener unos

quince años y tenía los rasgos finos y regulares rodeados de una luminosa melena corta de lisos cabellos castaños.

—Dentro de pocos días, el más joven se convertirá en uno de tus compañeros de estudio. Se llama Bernardo Bandini y es alumno de Marsilio Ficino. Lo he visto muchas veces con otros alumnos del maestro. Es uno de los más inteligentes y también de los más exaltados. Siempre está polemizando acerca de todo.

—¡Lo veis! La gente de Florencia no es buena. ¿Por qué no puedo volver a Bolonia con vos y con mamá?

—No insistas, Filippo. Ya hemos hablado de eso. Nadie puede enseñarte mejor que Marsilio los aspectos más filosóficos y espirituales de nuestro trabajo.

—Mirad, padre. El maestro Marsilio está allí, con Lorenzo. ¿Y quién es el otro que está con Juliano?

—Creo que es Francesco de Pazzi, el tesorero del papa.

—¿No me habíais dicho que los Pazzi y los Riario son enemigos de los Médicis? ¡Ahora parecen estar en amor y compañía!

—A menudo las apariencias engañan, Filippo. Los Pazzi son el brazo operativo de Sixto IV en Florencia y al papa le sigue preocupando que la República pueda expandirse demasiado por la Italia central; y no creo que le haya perdonado a los Médicis las maniobras que hicieron para impedir que le comprara al duque de Milán la señoría de Imola para cedérsela a su sobrino Girolamo y a Caterina Sforza.

—El que va a concelebrar la misa es el sobrino de Girolamo Riario, Rafael, ¿no? A él también se le ve de buen humor.

—¡Cómo no! A su edad ya es cardenal. Eso es lo bueno de tener un tío abuelo papa —se rio el padre.

—Cola Montano me ha hablado mucho de Girolamo Riario y Caterina Sforza.



—Sí, mantienen una estrecha relación, demasiado estrecha para mi gusto. Caterina es más joven que tú pero Cola dice que es una mujer con las ideas muy claras. ¿Sabías que le gusta la alquimia? Cola la tiene en gran estima.

En ese momento se propagaron las notas del *Agnus Dei* y los dos se callaron para escuchar.

La melodiosa música impregnaba el interior de la catedral, llenando el enorme vacío de la cúpula brunesquiana hasta alcanzar la cumbre cargada de luz de la linterna.

Cuando el sacerdote levantó la sagrada hostia, hasta el canto se detuvo. Todo era intensidad y concentración.

Y en ese preciso instante de silencio casi celestial resonó el grito terrible que heló la sangre de los presentes.

—¡Al asesino!

A la perplejidad general siguió un caos indescriptible. En el presbiterio reinaba la máxima confusión. Juliano, el apuesto joven de rostro amable, había caído al suelo entre un charco de sangre y Francesco de Pazzi seguía apuñalándolo, gritando como un endemoniado. En torno a ellos se luchaba cuerpo a cuerpo, entre la gente que corría hacia todas partes, chirridos de espadas y gritos de sacerdotes que amonestaban a los presentes llamándolos al respeto del lugar sagrado mientras otros se lanzaban furiosos a la trifulca, puñal en mano.

Los dos que estaban al lado de la nodriza, tras el primer desconcierto, se miraron anonadados.

—¡Otra vez! ¡En la iglesia, como en Milán! —gritó con voz angustiada el padre.

E inmediatamente, desenfundando los puñales, se precipitaron hacia el altar empujando a su paso a la mujer, que al caer al suelo estuvo a punto de aplastar al pequeño Miguel Ángel, que estaba gritando angustiado.

Mientras la nodriza intentaba levantarse entre los empujones de la muchedumbre que intentaba llegar desesperadamente a la puerta, comenzaron a alzarse las primeras voces.

—¡Los Magníficos han sido asesinados a traición!

—¡Ha sido un sacerdote!

—¡No, Lorenzo se ha salvado!

—¡Han sido los Pazzi!

—¿Lorenzo el Magnífico ha muerto?

—¡No, Franceschino Nori se ha sacrificado para salvarle la vida!

—¡Matad a los asesinos!

—¡Todos al palacio de la Señoría!

—¡A defender la libertad de Florencia!

—¡Hay que matarlos!

Cuando por fin la mujer, trastornada e incapaz de dar crédito a lo que estaba pasando, consiguió cruzar la puerta y salir al exterior, en el aire resonaban los retoques furiosos de la alarma general. Las campanadas de palacio seguían sonando y la situación por las calles era tan caótica como en el interior de la catedral. La gente combatía y se pegaba mientras retumbaban por todas partes los gritos «¡Muerte al tirano!», «¡Viva la libertad!»; pero aún más frecuentes eran los gritos «¡Bolas! ¡Bolas!», que ensalzaban el blasón de los Médicis. Delante del portón de la catedral había dos hombres luchando. Uno de ellos, lento y obeso, se encontraba en seria dificultad e intentaba defenderse con los antebrazos, que le sangraban por varias heridas. Mientras retrocedía, se tropezó con un bloque de piedra que estaba en el suelo y cayó de espaldas. El otro se abalanzó hacia él gritando y con inaudita ferocidad se le echó encima y le clavó una y otra vez el puñal en el vientre hasta desgarrar por completo la túnica de terciopelo verde, de la que empezaron a salir trozos de tripas sangrientas. La mujer, tra-



gándose una arcada de vómito, echó a correr tirando del niño hacia la casa de los Buonarroti, pero se llevó un susto de muerte cuando un caballo se encabritó delante de ella y estuvo a punto de atropellarla. El caballero consiguió controlar al animal y salió al galope hacia la entrada de la catedral sin mirar siquiera a los que se iba encontrando por la calle, como un niño que vagaba solo, llorando y mirando para todas partes, al que arrolló sin piedad. El cuerpecillo salió volando por los aires y aterrizó varios palmos más allá, donde cayó al suelo exánime. La mujer cogió a Miguel Ángel por las muñecas y, con el corazón a punto de estallar, lo arrastró hasta el arco que daba acceso a un edificio de piedra. Se refugiaron delante del transepto derecho. ¡En qué situación se había metido y había metido al niño que tenía que cuidar, maldita fuera su curiosidad! Si conseguían salir vivos de allí tendría que callar para siempre o perdería el trabajo. Se agazapó en un rincón, con el niño cogido entre las piernas, mientras observaba horrorizada las escenas de violencia que se sucedían alrededor de la catedral.

Permaneció mucho tiempo allí, temblando, agarrada al niño mientras las campanadas y los gritos seguían resonando por doquier. Cuando por fin le pareció que el jaleo se estaba desplazando hacia la plaza del palacio de la Señoría y que alrededor de la catedral no quedaban más que unas cuantas personas que corrían aterrorizadas pegadas a las paredes, se atrevió a asomarse por una esquina y decidió salir.

Si se salvaba, se juró a sí misma, jamás volvería a salir de su tranquilo Settignano para bajar a Florencia.